La poesía y la prosa en la renovación modernista

I

En el período de transición del romanticismo al modernismo (1882-1896), sitúa Federico de Onís, en su *Antología de la poesía española e hispanoamericana*, a los poetas que precedieron a Rubén Darío, dentro de este movimiento de renovación literaria.

De la llegada del romanticismo a la afirmación del modernismo, en Hispanoamérica, transcurre más de medio siglo: los años comprendidos entre 1830 y 1888. Aquel año, fecha romántica por excelencia, marca, al mismo tiempo, el ruidoso estreno de *Hernani* en París y el momento en que regresa el poeta Echeverría, a la Argentina, su patria, después de haber permanecido en Francia cuatro años. Debemos recordar, de paso, que las primeras manifestaciones románticas aparecieron en México algunos años antes. En 1888, Rubén Darío publica *Azul...* Mientras tanto, en la literatura francesa, dentro del campo de la poesía, han sucedido a los románticos los parnasianos.

Por comodidad, suele adoptarse, al hablar del modernismo hispanoamericano, esta sencilla fórmula de influencias: modernismo = romanticismo + parnaso + simbolismo.

Tal fórmula es cómoda, pero no exacta; entre otras razo-

nes, porque concede demasiada importancia a las influencias francesas, en particular. Desde luego, la de los simbolistas es relativa, puesto que en parte coincide con la aparición de algunos de los modernistas hispanoamericanos. Tan aventurado es afirmar lo anterior categóricamente, como decir que éstos influyeron en el simbolismo francés.

Además, tal fórmula olvida otros elementos de diversas literaturas que influyeron en los poetas modernistas; omisión tan imperdonable como la que desdenna los elementos propios de América utilizados en ese movimiento.

Conviene ver de dónde proceden los elementos que positivamente aprovechan y cuáles son los verdaderos antecedentes de que se sirven, en esa tarea transformadora, los precursores e iniciadores del movimiento modernista.

*

* *

Sin riesgo de incurrir en un error grave por generalizar demasiado, se puede afirmar que los primeros modernistas fueron, al mismo tiempo, los últimos románticos. Debemos, pues, considerar el modernismo como liquidación del romanticismo, en América.

Lamartine es uno de los poetas románticos franceses de quien primero se hacen traducciones en México, allá por 1840. En la época en que se anuncia la alborada del modernismo, es Alfredo de Musset quien ocupa un sitio más destacado en la admiración de los poetas, y ya próximo a su ocaso el siglo XIX todavía ondean en muchas manos los jirones del estandarte que Víctor Hugo agitó con el prefacio de *Cromwell*, al constituirse en abanderado del romanticismo.

¿A qué se debió que los poetas hasta entonces bohemios, desordenados en su inspiración y relativamente descuidados en la forma, desearan volverse mesurados, cuidadosos —como corresponde a los miembros de una minoría selecta— y prefirieran la forma equilibrada, a veces fría en su plasticidad, aunque en el fondo siguieran siendo rebeldes a las normas preestablecidas?

En cierto modo, parecería que estos escritores que se man-

tienen unidos por lazos invisibles, sin conocerse, van a seguir el rumbo de un nuevo clasicismo, porque vuelven sus ojos hacia los modelos de la antigüedad, gustan de lo pagano, son a menudo impersonales, objetivos, en vez de preferir ese subjetivismo que va siempre en pos del *yo* egoísta, y porque, además, aceptan una limitación: la rima.

Pero aquéllo es sólo apariencia, porque los moldes consagrados resultan demasiado estrechos para estos poetas que, si han refrenado su fantasía, no fué para caer de nuevo en la rigidez neoclásica y que si voluntariamente se han sometido a ciertas disciplinas estéticas, no aceptarán todas las imposiciones de la retórica.

Contra ésta reaccionaron los románticos, que fueron los maestros — respetados aún por estos revolucionarios de la lírica que se sienten orgullosos en su aislamiento.

De las dos tendencias opuestas que aparecen a la vez dentro del romanticismo —la conservadora que representa Walter Scott y la demoledora, que encarna Byron—, parecen apartarse, al mismo tiempo, los modernistas.

No son absolutamente aristocráticos, ni de tendencias conservadoras, como aquél, ni radicales en sus innovaciones y osados en sus sentimientos, como Byron.

Su buen gusto, su equilibrado sentido de la gracia los aleja de ambos extremos. Se sitúan en el difícil justo medio, con una ponderación, a la vez comprensiva y tolerante.

Esa actitud equilibrada —casi imposible de adoptar en nuestros días, cuando el fiel de la balanza fluctúa y oscila constantemente—, es una actitud decorosa, que se explica por el individualismo apoyado en el orgullo de esos poetas.

Si no tienen la fe ciega que todo lo acepta sin titubeos, tampoco alardean de incredulidad. Su escepticismo no sonríe irónicamente, porque en el fondo existe el dolor de la duda. En su aparente indiferencia moral, está a veces el secreto, celosamente guardado, de una tragedia íntima que todos ignoran.

Sólo un poeta modernista pudo hacer el elogio de una aristocracia constructora y simpatizar al mismo tiempo, con la democrática multitud que guiaba el verbo de Walt Whitman. Uni-

camente uno de esos poetas del movimiento que realizó la renovación de las letras hispanoamericanas podía mostrarse, a la vez, como arcaizante, imitador de los poetas de algún cancionero apenas conocido por los eruditos y como innovador de la poesía castellana; como un restaurador del mejor de los Góngoras —aquél que consideran como el peor quienes no saben entenderlo—, sin dejar de expresar, en el lenguaje de nuestros días, su credo literario.

Dentro del movimiento modernista, más complicado de lo que generalmente se supone, cabían —sin estorbarse— muchas de esas tendencias que para los preceptistas encastillados en las definiciones, eran neoclásicas o románticas.

Modernista vino a ser, pues, equivalente de ecléctico, en términos literarios. El modernismo no es, como lo pretende la definición limitada, “afición excesiva a las cosas modernas, con menosprecio de las antiguas”. El modernista no sólo “profesa renovar los motivos antiguos tratándolos de modo nuevo, dándoles aspecto moderno”; el modernista ama lo antiguo y lo moderno, siempre que se manifiestan con belleza y armonía. Y en todo caso, si imita, es para superar y superarse.

II

Cuando se habla del modernismo hispanoamericano, generalmente se alude nada más a uno de los dos aspectos de la renovación literaria que tal movimiento abarca: al que transformó la poesía lírica, en la América de habla española, primero, e influyó después en la modernización de la poesía, dentro de la península ibérica.

Se habla de los poetas —precursores, iniciadores y realizadores del modernismo hispanoamericano—, sin recordar al mismo tiempo la obra de los prosistas que influyeron en tal movimiento. Y aun al hablar de los poetas, se omite o se menciona apenas la parte de su obra que se halla escrita en prosa, a pesar de que ésta contiene abundantes períodos de elevada calidad poética.

Tal omisión parece aún más injusta, si se recuerda que al-

gunos de los poetas que figuran como precursores o iniciadores del modernismo, lograron en la prosa —antes que en el verso— sus mejores conquistas. Las lograron, a pesar de que trabajaban con material rebelde y en campo tan poco propicio —por la sobriedad de los primitivos que habitaron ese yermo— como era el de la prosa castellana que conservaba aún el paso majestuoso y solemne del latín materno. ¡Qué lejos estaba de la agilidad de la tersa prosa de Francia, esa lengua que avanzaba con lentitud y gravedad! Parecía imposible convertirla en un auxiliar apto para expresar ideas modernas, con ritmo más rápido, como correspondía al vehículo del pensamiento, en el siglo de la electricidad, en una época que perseguía, con la mecánica, el logro de velocidades cada vez mayores.

Para fijar la posición que los escritores modernistas guardan respecto al movimiento renovador, conviene considerarlos en ambos aspectos: como poetas y como prosistas.

Unos cuantos ejemplos bastarán para comprender la necesidad de llevar a cabo este estudio simultáneo de la poesía y de la prosa, durante el post-romanticismo y dentro del desarrollo del movimiento modernista.

Según el cuadro adoptado para clasificar a los primeros poetas modernistas, los precursores o heraldos del movimiento fueron —por orden cronológico de aparición—: Justo Sierra, Agustín F. Cuenca y Manuel Gutiérrez Nájera; los tres, mexicanos.

Como iniciadores, definidos, del movimiento modernista hispanoamericano figuran: dos cubanos —José Martí, Julián del Casal— y un colombiano: José Asunción Silva.

Entre aquéllos y éstos, entre los precursores y los iniciadores, se sitúa a manera de puente, otro poeta mexicano: Salvador Díaz Mirón, por su poesía anterior a 1892, ya que a partir de esa fecha, con *Lascas* y los anticipos de varios volúmenes por él prometidos, se sale de la órbita del movimiento.

Como realizador, que aprovecha y afirma las conquistas de los precursores e iniciadores del movimiento modernista y logra llegar a influir en los poetas españoles, aparece el poeta de Nicaragua: Rubén Darío. No es necesario mencionar aquí los nombres de sus continuadores.

Si en vez de considerar a aquellos escritores únicamente como poetas, tomamos en cuenta su obra de prosistas y el momento en que la produjeron, José Martí pasa a situarse al frente de los precursores, por derecho propio.

Cuando el apóstol de la libertad de Cuba llega a nuestro país, a principios de 1875, el 8 de febrero, y comienza a escribir en la *Revista Universal*, el vigor y el brillo de su prosa cautivan y sorprenden a los escritores mexicanos. Aun los que militan, políticamente, en campo contrario al que aquél ocupa —Martí apoyaba la improbable reelección del Presidente Lerdo—, reconocen el valor de su prosa: aunque alguno irónicamente diga que no puede comprender lo que Martí escribe, con una sintaxis tan personal, por su *nuevo estilo*.

Martí, que se había formado en su patria y en España —Madrid y Zaragoza—, como escritor político, se da a conocer en México, como periodista, como orador y como poeta lírico. Si en este aspecto de su obra, al que menor importancia conceden varios críticos, Martí comparte algunas influencias con los escritores de su época, hay que convenir en que, como prosista y como orador, influye considerablemente en los escritores hispanoamericanos de su generación y, sobre todo, en los mexicanos que por entonces lo conocen y con los que inicia amistades para toda la vida.

El mismo Justo Sierra, que sería llamado más tarde el maestro, no escapó a la influencia de Martí, como renovador de la prosa, en México.

En el último de los precursores mexicanos del modernismo, Manuel Gutiérrez Nájera, la influencia de Martí prosista, es seguramente decisiva, como estímulo y ejemplo, a pesar de la diferencia de edades. Gutiérrez Nájera surge como prosista en mayo de 1875: era seis años menor que Martí y éste apenas contaba, por entonces, veintiún años.

Gutiérrez Nájera, precursor de la poesía y la prosa modernistas, revela en sus versos —sobre todo en la última época de su vida— la adaptación, artísticamente lograda por él, de los parnasianos franceses. En cambio, como prosista, va más allá de donde llegaron los precursores y los iniciadores del movi-

miento modernista, pues en sus cuentos y crónicas aparecen ya imágenes simbolistas.

*

*

*

El movimiento renovador de la prosa tiene, en la literatura de América, antecedentes mediatos e inmediatos.

Ya la crítica ha observado que la prosa española se transformó en los mismos labios de los conquistadores y de los misioneros que pasaron a América en el siglo XVI.

Pero no es preciso remontarse tanto, ya que en el siglo XIX es cuando empieza a adquirir rasgos distintivos la prosa, en Hispanoamérica. Se forjan, por entonces, los primeros eslabones de esa áurea cadena que va a rematar, con su prosa finamente cincelada, José Enrique Rodó, en nuestros días.

Eslabones de esa cadena fueron, sucesivamente, el argentino Domingo F. Sarmiento, el venezolano Juan Vicente González, el ecuatoriano Juan Montalvo, el portorriqueño Eugenio María de Hostos, el peruano Manuel González Prada, el cubano Enrique José Varona.

Al lado de ellos hay que colocar los nombres de Ignacio Ramírez, "El Nigromante", que en muchos de los trabajos incluidos en los dos volúmenes de sus obras aparece como excelente prosista; y de Ignacio M. Altamirano, que en sus *Revistas literarias*, ofrece el antecedente más próximo a las crónicas trabajadas en prosa artística por Manuel Gutiérrez Nájera.

En la obra de los escritores mencionados pueden hallarse, pues, los antecedentes de la renovación literaria lograda en la prosa, por los precursores e iniciadores del modernismo hispanoamericano.

FRANCISCO MONTERDE,
Universidad Nacional de México.